

EN CAMINO

8vo Domingo del tiempo ordinario, ciclo "A"

Por, Neptalí Díaz Villán CSsR.

- 1ra lect.: Is 49,14-15
- Sal 61
- 2da lect.: 1 Cor 4,1-5
- Evangelio: Mt 6,24-34

O Dios o el dinero

Continuamos con el discurso de las Bienaventuranzas. El fragmento que hoy compartimos es un comentario a la primera bienaventuranza: *"Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"*. Específicamente a la segunda parte: *"de ellos es el reino de los cielos"*. Se trata ahora de pensar la forma cómo hacemos parte del Reino de los cielos, en otras palabras, cómo hacer para que realmente podamos tener a Dios por rey.

El Evangelio empieza recordando algo fundamental en la Primera Alianza: Dios no admite otros dioses, es un Dios celoso: *"No te postres ante otros dioses, ni le sirvas, porque yo Yahvé, tu Dios, soy un Dios celoso"* (Ex 20,5). Lo que en el momento de redactar el libro del Éxodo amenazaba la integridad del pueblo de Israel era la constante influencia política, social, ideológica y religiosa de los pueblos vecinos, sus deidades que prometían esplendor y gloria y empujaban a olvidar los valores que hacen posible una vida digna. Detrás de esa idolatría están los intereses de quienes presentan las deidades como la solución a todos los problemas de la humanidad y ofrecen el cielo y la tierra, el amor, el éxito, el placer perfecto y la completa felicidad. Y el interés específico tanto en el tiempo de Jesús como en el nuestro es el dinero.

El problema, lo hemos repetido hasta la saciedad, no es tanto el dinero como realidad sino el manejo que se le da cuando el ser humano no tiene claridad en su camino, cuando no ha sabido descubrir lo realmente valioso en su vida. El problema no es que uno tenga dinero, sino que el dinero lo tenga a uno. El problema es cuando el dinero se convierte en señor, en amo, en ídolo que le quita el puesto a Dios. Y eso es lo que, desde los tiempos de Jesús hasta hoy, ha venido sucediendo con estragos tremendos para la dignidad humana. Porque es un dios tirano que exige todos los sacrificios posibles: todo se sacrifica ante el altar de Mamón (dinero): la naturaleza, la familia, los principios éticos, la amistad, comunidades enteras, la vida, ¡todo!

La naturaleza, con su calentamiento global, las sequías o las inundaciones, el deshielo, la contaminación, la destrucción de la capa de ozono, etc., está al borde del colapso por el afán de lucro, por el afán de mantener y acrecentar los más altos niveles de crecimiento económico.

La llamada locomotora minera amenaza gravemente la vida digna de muchas de nuestras comunidades. Las multinacionales, en complicidad con las autoridades locales, que no hacen lo que tienen que hacer porque hay dinero de por medio o porque son miopes e irresponsables, sacan succulentas ganancias, le dejan un pequeño porcentaje a los gobiernos locales que en su mayoría se va en corrupción,

al final, se van y dejan el problema para las comunidades. Ríos contaminados o secos, comunidades enfermas por los productos tóxicos en el ambiente o enterrados, suelos dañados, enfermedades graves, tristeza, desolación, frustración.

Y eso pasa especialmente en África, en algunos países de Asia y en Latinoamérica, donde hay más empobrecimiento, donde las leyes son menos severas ante la voracidad de las multinacionales y donde la corrupción se pasea como perro por su casa.

Y todo ese dinero acumulado ¿para qué? Porque se quiere tener seguridad y capacidad para el consumo.

Pero, tener dinero no garantiza totalmente la seguridad. De pronto, un día las bolsas del mundo se caen, las empresas más prósperas quiebran, se desinfla la burbuja económica, viene una crisis en el sector, etc. Además, la historia ha demostrado que cuando el ser humano entra en este juego de la avaricia, de la codicia, nunca se llena, siempre quiere más, su estómago le exige más y más, pues como dijo Gandhi: *“La tierra es suficiente para todos, pero no para la voracidad de los consumidores”*.

De manera que, con esa lógica, el ser humano no va a tener tranquilidad porque dedica parte de su vida a conseguir dinero, y la otra parte de su vida, a cuidarlo y a cuidarse de quienes quieren quitárselo. Como diría Facundo Cabral: *“El conquistador por cuidar lo conquistado se vuelve esclavo de su conquista”*.

Y así sea dueño de una empresa próspera y reconocida, así tenga todos los títulos, toda la salud y los más grandes logros, eso no garantiza la paz, la seguridad y la felicidad. Nadie puede vivir auténticamente como ser humano si construye su vida a espaldas de los demás seres humanos.

El dinero en abundancia quiere garantizar el privilegio consumista, una de las idolatrías más dañinas de nuestro tiempo. El consumismo degrada la dignidad humana porque convierte a los trabajadores en máquinas de producción y consumo de bienes. Levanta murallas que dividen cada vez más a los seres humanos entre quienes tienen la posibilidad de comprar las cosas más excéntricas, los apartamentos, los vehículos más lujosos y demás productos, y quienes escasamente sobreviven. El consumismo, en vez de hacer más felices a los seres humanos, esconde la pesadilla de un profundo vacío existencial, una gran falta de sentido y una muy baja autoestima.

“El afán derrochador es indicio de un carácter que está destruido por falta de autoestima o por un caos interior. Cuando uno se experimenta a sí mismo como carente de valor, se siente en la necesidad de demostrar a todos de cuántas cosas dispone. Como carece de estructura interna, hace que sea también inestructurada su manera de tratar las cosas... Se derrochan los bienes para compensar mediante esa conducta fanfarrona la propia minusvalía. Todas las cosas se hallan exclusivamente a mi servicio.”¹

Cuando el dinero, o en general la propiedad, pierde su sentido comunitario y social esclaviza al ser humano. Lo empuja a desentenderse de las exigencias básicas del bien común, del compartir con los demás y de la necesidad existencial de abrirse a los demás seres humanos.

Por eso, para Jesús es muy claro: *“No es posible servir a Dios y al dinero”*. No puede tener a Dios por rey quien tiene al dinero por rey, por señor de su vida. Tener

¹ GRÜM Ancelm. Orientar personas, despertar vidas. Verbo Divino. Navarra 2000. 34-35.

a Dios por rey implica reconocer a los demás seres humanos como hermanos, como miembros de la familia humana con derechos y dignidad, nunca como cosas, nunca como instrumentos, como medios para explotarlos.

No se trata de renunciar a la propiedad, de ninguna manera, no se trata de maldecir la riqueza y canonizar la miseria. Hans Küng exige a los teólogos cristianos, en su lucha contra circunstancias injustas, no caer en posturas extremistas que hacen mucho daño: *“No surjan como soñadores de una economía ingenua que embellecen religiosamente la pobreza y desacreditan globalmente la riqueza. Y menos aún, claro está, como fanáticos piadosos cuyo celo encubre únicamente su incompetencia en materia económica, y que con harta frecuencia predicán al mundo agua, pero ellos mismos beben vino”*². Nuestro comportamiento económico debe estar regido por normas éticas. Pero como lo afirma Küng, las exigencias morales sin racionalidad económica no son una moral, sino un moralismo, no es ética sino romanticismo, una imagen ilusoria más o menos piadosa.³

Por eso, es preciso trabajar de manera organizada para tener lo necesario, para tener una vida digna, sabiendo que Dios es nuestro señor, nuestro rey y que él ejerce su reinado siendo Padre, es decir, dando vida y que con su mano generosa y nuestra responsabilidad, vamos a vivir bien y estaremos conduciendo hacia la plenitud.

El Evangelio invita a vivir con una actitud de confianza en la providencia de Dios que es Padre y Madre, y de responsabilidad ante la vida. Sobre el tema de la confianza y la maternidad de Dios nos habla de una manera muy bella la primera lectura. La persona que tiene a Dios por rey siente que su vida viene de él y que quien le ha dado lo más importante que es la vida, le dará lo necesario para conservarla y realizarla dignamente.

No es una invitación a la irresponsabilidad, sino a vivir con fe y esperanza. Y repite varias veces. *“No se preocupen”*. Preocuparse es ocuparse antes de. Es desgastarse inútilmente, es agobiarse, y el agobio no sirve para nada, sino para dañar la salud, el genio y el ambiente familiar y comunitario. A fuerza de angustiarse no se van a solucionar los problemas. ¡Claro que hay cosas que dependen de nosotros y hay que hacerlas! No le dejemos a Dios lo que nosotros podemos hacer. Que Dios sea providente no significa que sea tapa huecos, alcahuete, cómplice de nuestras irresponsabilidades. No podemos sentarnos a esperar a que Él solucione nuestros problemas, ni enterrar el don que Dios nos dio como lo hizo el tercer personaje de la parábola de los talentos (Mt 25,24-25). Pero hay situaciones en las cuales únicamente podemos esperar con paciencia, con serenidad, porque por más fuerza que hagamos el sol no saldrá más temprano.

Tanto quienes tienen dinero como los pobres suelen preocuparse. Los pobres, para conseguir con qué pagar la comida, el arriendo, el crédito, la matrícula, etc. Los ricos quieren tener más, comprar otra empresa, lanzar un nuevo producto, protegerse de quienes los quieren tumbar, etc. Y así muchas veces llevamos una vida sometida a la preocupación, al estrés. Jesús invita a ponerse en las manos del rey que ejerce su reinado como un padre que da, protege y promueve la vida.

Quienes no conocen a Dios sí tienen que estar siempre preocupados por el futuro. Pero quien experimenta el amor de Dios y siente que su vida viene y está

² KÜNG Hans, *Una ética mundial para la economía y la política*. 315. En: GRÜM Ancelm. *Orientar personas, despertar vidas*. Verbo Divino. Navarra 2000. 87.

³ IBIDEM.

conducida por Él, sabe que será llevado por buen camino. Tendrá internamente esa convicción y la manifestará externamente con una actitud generosa y con serenidad de espíritu. Así se manifestará su fe.

El miedo de quien se preocupa y se desespera ante los problemas, como el miedo de quien acumula miserablemente dinero sin importar por encima de quien pueda pasar, es contrario a la fe. Por eso reafirma: *“No se preocupen... qué poca fe tienen.”*

Con una actitud serena, de confianza y de fe, lejos del miedo y de las preocupaciones, sintiéndose en las manos grandes, fuertes y amorosas de Padre y Madre Dios, la invitación final es a trabajar, a buscar, a realizar un proyecto concreto: la justicia del Reino: *“Ya sabe su Padre del cielo que tienen necesidad de todo eso. Busquen primero El Reinado de Dios y su justicia, y todo eso se les dará por añadidura.”*

Realizar la justicia del Reino es la labor del discípulo. Porque no se trata de ser vagos, holgazanes, irresponsables y menos, recostarse a los demás y aprovecharse de su trabajo. Si fuera así tendríamos que aplicarle la máxima de Pablo: *“quien no quiera trabajar que no coma”* (2Tes 3,10).

Se trata de trabajar unidos por la justicia del Reino. En otras palabras, se trata de trabajar por la felicidad y el derecho de todos, por el bien de todos, de manera que esa experiencia de fe sea auténtica, y experimentemos constantemente la providencia de Dios Padre y Madre.

Si nos sentimos parte del Reino de Dios, trabajar por la justicia de ese Reino no es algo externo a nosotros. Trabajar por la justicia del Reino es trabajar también por mi propio bienestar, porque éste no puede ser ajeno al bien común. Aquí la palabra añadidura no es lo que no tiene importancia, no es por si acaso, si llega bueno y si no, pues también. ¡No! Aquí añadidura es que viene unido a, añadido a, pegado a, como consecuencia de. Si trabajamos, si damos lo mejor de nosotros mismos, si construimos un mundo mejor, si todo lo que hacemos lo hacemos con esa convicción y con ese espíritu de servicio y de amor por la humanidad y si efectivamente desarrollamos proyectos que favorezcan al bien común, el beneficio personal va a ser real, inmenso, maravilloso.

Eso se entiende mejor si decidimos vencer el egoísmo y construir nuestra vida teniendo en cuenta que como dijo el poeta John Donne *“Ningún hombre es una isla, algo completo en sí mismo; todo hombre es un fragmento del continente, una parte de un conjunto... La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque yo formo parte de la humanidad; por tanto nunca mandes a nadie a preguntar por quién doblan las campanas: doblan por ti.”*

¿Y el futuro? ¿Qué vamos a hacer mañana, la próxima semana, el próximo mes, el próximo año, qué vamos a hacer con nuestra vida? Pues, planeémoslo con fe, con esperanza, hagamos nuestros proyectos, soñemos con ellos, teniendo en cuenta nuestra realidad y la utopía de la justicia del Reino de la cual formamos parte. Pero sin preocupaciones. Cada día tendrá su propio trabajo, su propio compromiso, su propia realización.

Mañana será otro día como hoy, como todos los días, funcionará bien porque Dios es nuestro Rey-Padre-Madre. Ni el miedo, ni las crisis, que en algún momento llegan, nada ni nadie nos va a quitar la felicidad, porque nada ni nadie va a reinar en nuestra vida sino sólo Dios. Si viene algún conflicto, algún problema, lo enfrentamos, lo solucionamos y así reafirmamos cada día más que Dios nuestro

único Rey-Padre-Madre. Y que aunque una madre e olvidara del hijo de sus entrañas, Dios nunca se olvidará de nosotros (Is 49,15).

Oración

Dios Padre-Madre, gracias porque somos tus hijos y podemos confiar plenamente en tu providencia. Gracias porque nos amas a todos y tus manos grandes y generosas somos conducidos irreversiblemente hacia la plenitud del Reino, hacia la plenitud de la vida, hacia la plenitud de nuestra felicidad.

Te pedimos perdón porque a veces, inundados de miedo, de vacíos existenciales, nos hemos dejado arrastrar por el consumismo o por la tristeza de no tener más para consumir más y demostrar que valemos, desconociendo que el auténtico valor es la vida que tú nos das. Te pedimos perdón porque a hemos permitido que en nuestro corazón reine el egoísmo, la avaricia, la codicia y todo aquello que nos aleja de tu reinado. Te pedimos perdón porque muchas veces nos hemos dejado arrastrar por las preocupaciones, el mal humor, el estrés y la falta de confianza. Te pedimos perdón porque a veces hemos sido irresponsables con nuestra propia vida y la de los demás.

Te pedimos que nos purifiques de todo miedo, de toda avaricia, de todo aquello que nos hace perder el sentido de la vida. Te abrimos nuestra mente y nuestro corazón para que siempre reines tú. Que tu amor de Padre-Madre nos haga sentir hermanos, coherederos de tu gloria, corresponsables de nuestra propia realización y felicidad, cocuidadores y promotores de la vida. Danos una fe robusta, enraizada en lo más profundo de nuestro ser y manifestada en cada cosa que hagamos a favor de la justicia del Reino. Amén.